

Gaia Durmiente.

Gaia Durmiente.

Alejandro Sanahuja

Autor: Alejandro Sanahuja Ten

Diseño: Alejandro Sanahuja Ten

© Alejandro Sanahuja Ten



Prologo

El incidente.

—¿Qué diablos estás haciendo? no puedes abrir el portal aquí, la tormenta, es cada vez más fuerte, en todos los siglos de tecnología de portales, nunca se probaron en este entorno. Por favor, volvamos a la zona de envío.

—No tenemos tiempo Ayura, los de la Corporación, se nos echan encima. Si descubren que tenemos la nueva fuente para portales, nos matarán!— Dijo Edhora. Siempre se asustaba por cualquier pequeño sonido, y aún así, aquella asustadiza bibliotecaria, insistió el ir con la última partida a Gaia, para ocultar lo que quedaba de ejemplar de cristal rojo, de las garras de la Corporación. Justamente a Gaia, ella, con lo nerviosa que era, con todo el caos de las tormentas eternas, del desestabilizado cielo de aquel, un día azul, moribundo planeta. Quien iba a pensar que con la reciente caída de su hermana, le cogerían esos arranques repentinos de valentía.

—Apártate un poco Ayura, voy abrir el portal, o eso o morimos aquí, no pueden averiguar donde los hemos escondido.

Aquel pico afilado, castigado por vientos y tormentas, de tierra estéril, no podía ser un buen sitio, para abrir el portal y volver a Ío. Volver a casa. Era demasiado inestable para la tan delicada operación de abrir un agujero de gusano. ¿Acaso no lo entendía? ¿Con su coeficiente? Menuda científica, pensó Ayura. Se arrepentía sin duda de haberla llevado, pero ¿Qué otra opción tenía? Se lo debía. El trabajo, y la misión, eran las mejores curas, para la depresión de la repentina muerte de su hermana.

—Muy bien, ya empieza a ejecutarse el programa de apertura, los cristales azules están empezando a brillar.

—Espera Edhora—. Intentó gritar Ayura, pero la dichosa mascara anti radiación, y la escandalosa tormenta eléctrica, no dejaban que pudiera oírse nada a través de su viejo sistema de transmisión.

De repente, el sistema, se estaba iniciando, los cristales azules, clásicos, de los que suministraba la Corporación, estaban una vez más emitiendo sub energía y plegando el espacio-tiempo, para abrir un portal, que los permitiría salir de allí, antes que los Escuadrones de la Muerte, los encontraran. Si lo hacían, los torturarían, sin duda. Pensó Ayura. Debían sonsacarles dónde estaban los cristales rojos escondidos, la única alternativa a su monopolio de fuente de energía de portales.

La actividad de la tormenta, se hizo frenética, se abatía sobre Ayura y Edhora. Habrían muerto, si no fuera, por sus trajes blindados, anti radiación, gas y electricidad, imprescindibles, para pisar Gaia.

—¡Mierda, tenemos que salir de aquí...!

El portal, se había abierto, una esfera, grande hasta alcanzar los 2 metros de diámetro, negra, como una noche sin luna, incapaz de absorber o reflejar ninguna luz, allí estaba, esperando a que la atravesaran, para volver.

—¡Vamos, corre!

Algo pasó, un destello azulado, rápido, en un segundo. No eran los Escuadrones de la Muerte, esos no despedían destellos, solo masacraban. Algo cayó sobre la esfera, Ayura, lo vio por el rabillo del ojo, mientras intentaba dar indicaciones con las manos a Edhora, para que corriera hacia la esfera del portal.

Un feroz viento, que comenzó a soplar desde la esfera, los impulsó hacia atrás. En todos los años de contrabandista, y activista anti-Corporación, Ayura, nunca había visto un portal que hiciera eso, y había usado cientos, desde que era niño, y lo enviaran a la escuela desde el centro puericultor de los hielos de Europa.

—¿Qué fue eso?— Preguntó. La esfera, había empezado a emitir destellos rápidos y vientos violentos. Estaba templando como una hoja, encogiéndose y ensanchándose, perdiendo la forma esférica, como un caramelo derretido.

—¡Un rayo..., un rayo de la tormenta eléctrica, le ha caído encima! Gritó Edhora.

—¿Que dices?

—Que Gaia, nos ayude... ¡Coooooooooreeeeeee!

Capítulo 1

Un mundo “surrealista”.

Otro examen más sin suerte.

A Marco, no es que le llovieran las ofertas de empleo precisamente. ¿Quién iba a querer un profesor de matemáticas de 45 años a esas alturas? Su última esperanza, eran las oposiciones, y nunca conseguía nada.

Su ex mujer, le dijo un día que no debía rendirse. Que ella no lo hacía. Y un mes después, pidió el divorcio. La cosa tenía gracia.

Después de la llegada de la crisis, que le dejó sin trabajo, a Marco no le quedó más remedio que moverse. Se había recorrido toda Italia, con aquel Fiat cochambroso. Había trabajado de todo, camarero, limpia piscinas. Incluso, llegó a emigrar a Alemania. Pero en cuanto un grupo de skins lo amenazaron, decidió dejarlo y volver. Ahora intentaba su última esperanza, hacerse un hueco en el sector público.

—Si hubiera sabido esto, cuando gané el oro de esgrima, hace 25 años...

Siempre le venía el mismo pensamiento. Cada vez que una entrevista, no le salía bien. “Tienes un futuro lleno de posibilidades”, le decía su maestra de escuela, allá en Florencia, hace tantos años. Que equivocada estaba. La misma falacia, que se le cuenta a todos los niños, incluso hoy en día.

—Basta, no debo pensar en eso. Es casi la 1:00. He de recoger a Carla de la escuela, o su madre me mata. Ya me deja verla poco.

De nuevo un pensamiento frustrante. Le llegaban siempre, sobre todo, desde que su ex, le acusara de tener la cabeza llena de pájaros. Siempre le decía, que era una mala influencia para la niña, con todos esos cuentos de fantasía tan dura, que siempre le contaba, y que tanto le gustaban también a ella, cuando eran críos. Infantil y friki le llamó. Seguramente, con su nueva pareja, un banquero, un tipo estirado que no se reía ni aunque lo mataran, le iría mejor, pensó sarcásticamente. Lo único que le preocupaba, era la influencia de aquel imbécil sobre la niña. —Si tuviera pasta— pensó —pagaría un abogado, para conseguir la custodia total. Creciendo con ese tío, acabará sus días yendo a misa, y votando a la derecha, seguro...

—Papi, papi,... por fin has llegado—. Gritó la niña por la ventanilla del coche.

—Sube atrás Carla, esa puerta no se abre.

—Vale.

—Dime. ¿Qué has hecho hoy?

—Lo de siempre... ¿Me contarás el final de esa historia?

—Tu madre dice que son malas.

—No, eso lo dice, mi otro papá. Dice, que esas historias son cosa de paganos impuros.

—“La madre que lo parió”. “Puto beato cabrón...” — Pensó Marco con rabia.

—Está bien, te lo acabo de contar ahora mientras llegamos a casa. Pero no se lo cuentes a tu madre. ¿Dónde nos quedamos?

—Cuando la bruja buena, encuentra en su celda, la flor, y el Hada debajo, asustada, medio escondida entre los pétalos...

—Ah sí, pero no era una celda, si no una mazmorra.

—¿Que es una mazmorra, papi?

—Como una celda, pero bajo tierra...

—Lo que sea. Cuenta, cuenta...

—“¿Quién eres? preguntó. Pero el hada no contestaba, aferrándose con miedo al tallo de la flor que crecía con el rayo de sol que se colaba entre las rendijas del ventanuco de la mazmorra”.

—¿Que es un ventanuco?

—Una ventana pequeña, no interrumpas.

—Como decía... “El hada, seguía mirándola, y no decía nada. Pequeña, pequeña, ¿si me doy la vuelta hablarás? Pequeña, pequeña, ¿si cierro los ojos hablaras? Mira, mira, he cerrado los ojos. Me llamo Wendy y soy una bruja buena, ¿Y tú?”

—“Soy una sílfide de la tierra, ayúdame por favor— susurró.”

—“¿Estas perdida?”

—“Las flores ya no crecen aquí, los hombres malos, construyeron este lugar encima de ellas, y mi gente, tuvo que irse. ¿Me ayudarás a encontrarlos?”

—“Pequeña, yo no puedo salir. Los hombres malos, no me dejan.”

—“Si te ayudo, ¿me ayudarás? Si te doy mi último polvo de sílfide, podrás salir de aquí”

—“Pequeña, pequeña, si me das eso, seguirás aquí. Si me das eso, no te dormirás para siempre?”

—“Mientras la flor siga aquí...”

—¿Que pasa Papi? sigue.

—Espera un momento. Hay un atasco monumental aquí. Seguiremos en un rato.

—Ohhh.

Un segundo antes, caía un sol de justicia, y en aquel momento se había vuelto todo el cielo negro. —Vaya tormenta— Pensó. Pero algo no iba bien, se dio cuenta que el cielo se hacía cada vez más negro, hasta ser totalmente de noche. Tuvo que encender las luces. Empezó a llover. Marco, abrió los ojos como platos, cuando se dio cuenta que el agua que caía era negra, como el petróleo.

—Joder, Joder, Joder... ¿Eso es..., eso es... ceniza? ¿Puede ser el Vesubio? Habrá entrado en erupción. ¿Pero las cenizas pueden llegar hasta aquí? no lo sé.

—¿Papi, papi, que pasa? tengo miedo.

—Tranquila—. Dijo, pero la verdad era que la gente alrededor, también se estaba asustando. Empezaban a salir de los coches, intentando averiguar porque se habían parado, todos en medio de la avenida.

—Tenemos que salir de aquí. Sal por la puerta, y dame la mano—. Si era un volcán, tenían poco tiempo, debían alejarse. No creía que la nube piro plástica llegara hasta Roma muy rápido. Estaban a más de 2 horas y pico, de distancia de Nápoles, pero no sabía seguro, cuánto tiempo tenían, era Matemático, no Vulcanólogo.

Empezaron a correr entre los coches. Un temblor de tierra. —¿Y eso...? ¿Se pueden notar los seísmos desde aquí? que raro.

La gente empezaba a gritar, señalaban a su espalda. Algún imbécil incluso llegó a gritar ¡Milagro! —Puto fanático, es una erupción volcánica, subnormal—. Pensó.

Algo estaba empeorando, no sabía que era, la gente estaba paralizada, mirando a su espalda. —Será la nube piro plástica, ya llega, creí que teníamos tiempo, de esta no salimos.

—Papi, ¿qué es eso? preguntó Carla, mientras le estiraba de la manga de la americana, para que también se volviera a mirar. Marco, miró hacia donde le indicaba, y lo que vio, lo dejó petrificado. Imposible, que aquello fuera el efecto de un volcán. Una forma negra con destellos azulados, empezaba a crecer por encima de sus cabezas. Cada vez más grande. Pronto, algo tiró de ellos, de los coches, la basura del suelo, incluso el aire. Todo empezó a fluir hacia esa forma titilante que se ampliaba en el cielo. En un segundo, se hizo el silencio, como si se hubiera hecho el vacío. Marco parpadeó, y se dio cuenta que estaba dando vueltas en el aire. Carla no estaba, se había soltado de su mano. No podía ver nada con claridad, solo luz a su alrededor, y viento, mucho viento. Se fijo mejor, y empezó a ver cosas terribles. Gente también volando alrededor de la luz, coches, trozos enteros de asfalto de la carretera, arrancados de cuajo, pedazos de las casas de la misma ciudad. Apenas podía respirar, el mareo y las nauseas se apoderaron de él, no paraba de dar vueltas. Intentó llamar a Carla, pero el sonido no salida de su boca, como si estuviera atrapado en una mampara de vacío. Se dio cuenta en unos segundos, estaba volando en una especie de remolino.

—¿Un tornado? ¿Cómo un tornado, arranca trozos de la carretera? Tengo que encontrar a Carla.

Un coche estuvo a punto de arrollarlo en el aire. Por suerte, no fue así. Le pasó rozando en el aire por los pelos. Marco cerró los ojos por puro pánico, y los mantuvo así.

—Si es un sueño, despierta de una puta vez. ¿Cómo es posible que esto pase en pleno centro de la ciudad?

Por fin, abrió los ojos. Ya no estaba dando vueltas, la luz había desaparecido, la esfera también. Hubiera pensado posiblemente, que era un sueño, de no ser, porque la ciudad también había desaparecido, la carretera, Carla, todo. Estaba tendido en el suelo, boca abajo. Un suelo que no había visto nunca, duro, estéril, de roca quemada, cubierta de ceniza.

—Está claro, he muerto, y estoy en el infierno. Joder, cuando se enteren los putos curas, que tenían razón, no habrá quien los aguante.

Intentó levantarse, pero algo iba mal. No podía respirar. Cada bocanada de aire, le abrasaba los pulmones, se ahogaba, como si apenas hubiera aire. Se palpó el bolsillo. Aun llevaba el móvil.

— ¿Si estuviera muerto, llevaría el móvil? Que gilipollez— pensó. —No estoy muerto—. Se arrepintió de haber tenido esos arranques tan esotéricos. Qué vergüenza, el que toda la vida había sido siempre tan ateo. Miró el móvil, pero no había cobertura. Miró a su alrededor, y entre la niebla, vio trozos de coches, casas, cadáveres, y gente en la misma situación que él. Apenas podían moverse ni respirar. Miró al cielo. Estaba totalmente encapotado con unas nubes que no había visto en la vida. Eran negras y grises, y se movían a una velocidad extraordinaria, y entre las mismas, un destello continuo de relámpagos, como en una eterna tormenta eléctrica. Y parecía que se acercaba.

—Vamos por partes, tengo que buscar a Carla, pero primero, debo saber que estoy viendo, soy un científico, no puedo ponerme histérico.

—Ayuda, por favor— gritó alguien. Se giró, y vio a una niña, con una mujer, con la cara llena de sangre, que intentaba atenderla.

—He encontrado a esta niña mal herida. ¡Un médico!

Marco, se dio cuenta de inmediato que era Carla. Intentó acercarse, pero apenas podía respirar. De repente sintió náuseas y vomitó, pero solo echó sangre de los pulmones.

—Hace un momento, no estaba tan mal, algo aquí me está matando, igual que al resto de esta gente. No puedo moverme. ¿Dónde diablos estoy? Un momento, ¿un remolino? ¿Y este entorno tan distinto? ¿Estos restos tan humanos entre este paraje tan inhóspito y raro?

Estaba claro, su afición a la ciencia-ficción, y su curiosidad científica, se lo decían. Habían sido succionados hacia otro planeta, a través de un portal o pliegue en el espacio. Si era así, estaba sentenciado. Lo estaban todos los supervivientes al portal. Las condiciones del entorno, no eran buenas para la vida, de ahí que estuvieran ahogándose.

Se quedó sin fuerzas, y se dejó caer al suelo de nuevo, incapaz de alcanzar a su hija a unos metros de distancia. Estaba empezando a perder la visión, cuando vio aparecer un destello por el horizonte. Se hizo más grande. ¿Un helicóptero? No. No tenía rotor, pero si

un enorme globo. Parecía una especie de dirigible, con unos extraños símbolos inscritos en los laterales.

—Vaya extraterrestres—. Pensó—. Viajan con zepelines... Qué mundo más surrealista. — Cerró los ojos, y se hizo la oscuridad.

Capítulo 2

La casa de locos.

—¿Quiénes cree que son? y lo más importante, ¿qué hacían en Gaia, sin traje de protección, exponiéndose a aire venenoso.

—No lo sabemos, pero tienen un aspecto muy extraño. ¿Ha visto capitán? tienen todos unos tonos de piel, canela.

—Eso será por la radicación...

—No, señor. Como médico, sé que ese tono es de nacimiento.

—¿De nacimiento? ¿De qué luna provienen? ¿Cuál es su raza?

—Nadie está en condiciones de hablar. Han respirado demasiado aire venenoso. Lo único que sabemos, es que aparecieron todos en la región 23, después de esa extraña explosión

—¿Sabe que creo? Creo que son todos miembros de los terroristas del AS64L. ¿Dígame doctor a quien podemos interrogar?

—Están todos muy mal. Se están muriendo. Aunque este hombre de aquí, es el que parece tener las constantes vitales más estables. De todas formas tampoco durará mucho.

—Inyéctele los nanoides de regeneración AX24.

—Pero Capitán, la Corporación restringió esa tecnología solo para los miembros de la compañía, y sus asociados de clase superior. Si se enteran que usamos esa tecnología con plebeyos, ¡nos ejecutarán!

—Tampoco debería tenerla aquí, y la tiene. Hágalo, es una orden, yo me encargo que no se enteren.

—Cuando se despierte, avise para el interrogatorio.

—Sí, señor.

Portazos, objetos que se deslizan, un pinchazo. ¡Au! pensó Marco. Debía estar en el hospital. Si, era eso. Había tenido un accidente con la niña, en el coche, y estaba delirando. Había sido un sueño medio inconsciente por la conmoción, y la cantidad de historias de ficción y fantasía que tenía en la cabeza. Si, tenía que ser eso, pensó. —Espero que Carla esté bien. Me despertaré en la cama de un hospital, y lo primero que veré, serán los neones del techo y alguna enfermera, que seguro será un callo. Le preguntaré si Carla está bien.

Marco abrió los ojos y... no había tubos de neón en el techo. Solo unos globos luminosos, que flotaban en el aire. Solo, flotaban en el aire, sin cables, ni sujeción.

—¿Qué carajo...! dijo dando un respingo. El techo, formaba parte de una habitación cuadrada, con inscripciones extrañas en las paredes, el color, no se distinguía bien, por el tono de luz mortecino de las flotantes esferas. Parecía ocre. El techo, estaba surcado de travesaños metálicos, repletos de mohosos cables, los cuales se sostenían a duras penas atados, algunos, mientras se iban desprendiendo, otros. Parecía un viejo decorado, para una de esas pelis futuristas ciberpunk de serie B.

—¿Esto no tiene sentido! ¿Es real? toco la camilla, sobre la que estaba. Se dio cuenta que estaba atado. Las correas eran de un material que no había visto nunca. Parecía vivo, cuando se movía, se estrechaban, y al quedarse quieto, se aflojaban.

—La sensación, el aire, el tacto de la camilla, las ataduras... —Como científico, no puedo negar que esto era real—. Era imposible que un sueño, fuera tan lúcido.

Una puerta disimulada con la pared, se abrió con un susurro automático. Entraron dos personas, de un aspecto totalmente variopinto, pero increíblemente humano para ser alienígenas. Dos brazos, piernas, una cabeza, dos ojos. Pero tenían diferencias. Su piel, era verdosa, aunque sin escamas, su pelo, era negro, con destellos también verdosos, y los ojos de ambos eran ambarinos, de color intenso. —No me esperaba que los alienígenas fueran tan humanoides—. Se dijo.

Se acercaron. Pudo verlos mejor. Uno, más bajo, llevaba una especie de túnica blanca. En el brazo izquierdo, llevaba una muñequera con instrumental, aparentemente médico, sujeto en el, como lapiceros en un estuche. No había duda, ese era el científico.

El otro, con un aspecto más duro y peligroso, miraba a Marco con una expresión feroz. Era más alto y musculoso. Su indumentaria, era más extravagante. Vestía un jubón de color gris, y unos calzones negros, que le alcanzaban hasta las rodillas, las cuales ya quedaban cubiertas por botas mosqueteras, como sacadas de una peli de mosqueteros. Se hubiera quedado ahí, si no fuera por el grueso cinto que le atravesaba el pecho desde el hombro derecho hasta la cadera izquierda, el cual sostenía envainada una... ¿espada? Si, era una espada de esgrima, pero con elementos en el mango, desconocidos. Aparentemente electrónicos, como un interruptor para algo. Las insignias de su pecho, indicaban que se trataba de algún tipo de uniforme militar.

—¿Qué opina doctor? esta como embobado.

—No tiene sentido, los nanoides, regeneran los tejidos en segundos. Debería estar bien.

—¿Hola? ¿Cómo se encuentra?— Intentó preguntarle el científico de la túnica. Pero Marco, no entendió la pregunta. De hecho, no entendió nada. Puesto que el idioma que hablaban fluidamente, ni si quiera se parecía al italiano florentino materno de Marco.

—Perdone, ¿Qué dice? no le entiendo. Do you speak english? Mierda, estos alienígenas..., si hablaran al menos en Inglés, me las ingeniaría.

—¿Qué está farfullando? Doctor, ¿no se supone que debería tener todas las facultades mentales bien?

—Y así es, no lo entiendo. Es posible, que este hablando un idioma no clasificado.

—No hay idiomas así en las 64 lunas de la confederación. ¡No sea estúpido! Este tío nos está tomando el pelo.

De nuevo hablaban entre ellos en ese idioma de sonidos extraños. Marco, cayó en la cuenta que sería imposible hacerse entender, o preguntar dónde estaba su hija. Aquello, se ponía cada vez peor.

El individuo del extraño traje, cada vez gritaba más. Marco Intentaba moverse frenéticamente, cada vez más asustado, viendo como el militar, se volvía más violento, acercando la mano a la espada. De pronto, un movimiento rápido. Le agarró por el cuello. Le propio varios puñetazos. Estaba atado, no podía hacer nada. Le hizo sangrar, pero curiosamente, la hemorragia cesó enseguida. Gritaba cosas ininteligibles para Marco. Tan cerca, que empezaba a notar cómo le escupía en la cara, con cada grito.

—¿Dónde está ubicada la base de los terroristas? ¿Dónde están los cristales? ¿Los escondisteis aquí en Gaia, no es cierto? ¿Dónde? ¿Qué fue aquella gran explosión? ¡Confiesa bastardo! ¡Sé que puedes hablar mi idioma, no ganas nada haciéndote pasar por retrasado! ¡Habla, o te ejecuto aquí mismo, y pruebo suerte con alguno de los putos subnormales, que encontramos contigo en el desierto! ¡Si te importan tus camaradas, habla...!

—Por favor capitán, cálmese...

—Cierra la puta boca. Trae aquí las unidades de “interrogatorio”...Vamos a cortar a este tarado, pedazo a pedazo, hasta que confiese...

—¿Que fue eso?

La habitación se quedó a oscuras. Se abrió la puerta, una figura de movimientos rápidos, se coló en la oscuridad de la habitación. Movimiento, forcejeo, gritos, sonidos de metal chocando. Unos extraños puntitos de luz flotando en la oscuridad, al mismo ritmo que los metales chocaban. —¿Esas espadas de esgrima emitían luz por la punta?— Pensó. El militar estaba peleando con su espada, en plena oscuridad... Marco, no sabía qué estaba pasando, se sentía desorientado, y fuera de lugar, totalmente, sin saber cómo reaccionar, ni que pensar, ni que escuchar entre el caos reinante de gritos y afirmaciones en idiomas extraños. Entonces supo, cómo se sentía aquel migrante africano que una vez encontró en la calle, y con el que no pudo hacerse entender. “Estos inmigrantes, siempre están como embobados, a ver cuando se adaptan”, pensó entonces.

De repente, un grito de agonía, algo pesado cayó al suelo, alguien salió de la habitación a gritos, aparentemente pidiendo ayuda. Volvió la luz, y Marco vio a una mujer. Era preciosa, de piel de un tono verde más claro que los hombres, con almendrados ojos, también de un color ambarino intenso, lo miraban con impaciencia y alarma. Llevaba el pelo largo, con los mismos destellos verdes, recogido en una trenza. Un uniforme, igual que el cadáver, pero adaptado, para hacer caber sus sugerentes pechos. Sostenía una espada en la mano derecha, llena de sangre, goteando en el suelo. A su lado, el cadáver del violento militar, lo había matado, pese a que ambos llevaban el mismo tipo de uniforme.

Corrió hacia Marco.

—No tenemos tiempo. Estoy comprometiendo mi infiltración. ¿De qué grupo eres? ¿Asociación Pro-Gaia? ¿AS64L? ¿O trabajas para los bibliotecarios?— Le preguntó la misteriosa mujer, mientras le desataba. Marco no entendía nada.

—Ho...hola, me llamo Marco Fiorentini. ¿Co... cómo estás?— Le preguntó en un ridículo intento por quedar bien, ante una mujer de tremendo atractivo.

—No es necesario que sigas con la estrategia del idioma inventado, estamos del mismo lado. Vamos, debemos salir de aquí. A estribor, hay un portal de evacuación, lleva directamente a la ciudad de Uk en Ío. Usarás ese. No te preocupes, lo configuraré, para que te lleve directamente a la sección de los suburbios, con nuestros camaradas. ¡Vamos! ¿Qué haces? levántate ya..., si nos ven aquí tendremos problemas.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

